

sido hecho partícipes todos los que, por la fe, constituimos su cuerpo santo.

SALMO 111 (110)

Grandes son las obras del Señor. Himno de alabanza, de composición alfabética (cada hemistiquio comienza por una letra sucesiva del alfabeto hebreo), con tres partes: introducción (Sal 111,1); descripción de las obras del Señor (Sal 111,2-9); conclusión sapiencial (Sal 111,10).

Este salmo es un gran canto de alabanza dedicado a las obras del Señor (Sal 111,2.6.7). El autor las ha meditado y compone su poema impresionado por ellas y rebosando agradecimiento, porque son grandiosas, dignas de estudio, espléndidas, majestuosas, permanentes, memorables, poderosas, justas y leales... Le faltan adjetivos para calificarlas. Como parecen faltarle sustantivos para nombrarlas: las obras del Señor son portentos, son maravillas, son salvación. Hasta aquí el salmista no especifica a qué obras se refiere; sólo insinúa a través de sustantivos y calificativos. Sí aclara, sin embargo, una cosa: tales obras son las que son y como son porque proceden de la compasión y de la misericordia de Dios (Sal 111,4). Es la forma de ser del Señor, el Compasivo y el Misericordioso, la que produce y explica la grandeza y calidad de sus acciones.

El salmista continúa ahora cantando otras obras del Señor: *da alimento a los que le honran* (literalmente, "le temen"), recuerda su alianza, actúa con poder dando a su pueblo la heredad de los paganos, se comporta con justicia y lealtad, entrega a sus fieles unas leyes firmes y seguras, y redime a su pueblo confirmando esa alianza de la que nunca se olvida. Trasladémonos a la historia: el autor se refiere a los episodios del maná y las codornices en el desierto (véase Ex 16), a la alianza del Sinaí con la entrega de los mandamientos, al don de la Tierra Prometida, y quizá a la restauración tras el destierro. Las obras grandes, los prodigios y maravillas del principio serían entonces las grandiosas intervenciones anteriores de Dios: creación, elección del pueblo, portentosa salvación del éxodo, etc.

Después de contemplar y alabar todas estas obras divinas, el salmista se vuelve de nuevo hacia Dios y concluye: en verdad no son las acciones las dignas de estudio y alabanza, sino el autor de las mismas. El nombre de Dios, sagrado y glorioso, el Señor compasivo, misericordioso y fiel a su alianza, es el que debe ser tenido como santo y alabado y respetado siempre. El es el que merece el amor (Sal 111,2), la acción de gracias (Sal 111,1) y la confianza de sus fieles (Sal 111,7). Así lo proclamará también María en el evangelio, con un canto espléndido que guarda bastantes semejanzas con este salmo (véase Lc 1,47-55).

De toda esta meditación sobre Dios y sus acciones se deduce que de hombres sabios y sensatos es respetarlo y honrarlo (literalmente, "temerlo"). Esta conclusión de tipo sapiencial (Sal 111,10) cierra el salmo y lo deja abierto y lo conecta con el siguiente, en el que se desarrollará y comentará este pensamiento (véase Sal 112).

El entusiasmo que el autor sagrado siente y expone en su himno llegaría a límites insospechados si pudiese haber contemplado y gozado de las obras que el Señor, el compasivo y el misericordioso, siguió haciendo con su pueblo en cumplimiento de sus promesas y por fidelidad a su alianza: el portento del envío de su Hijo, la maravilla memorable de la redención definitiva a través de su muerte y su resurrección, el prodigio espléndido de la instauración definitiva de su Reino de justicia, amor y verdad...

SALMO 112 (111)

Dichoso el que honra al Señor. Salmo alfabético, de estilo sapiencial. En su estructura se advierten dos bienaventuranzas (Sal 112,1.5) que inician las dos partes fundamentales del salmo, y una referencia conclusiva a los malvados (Sal 112,10) en fuerte contraste con lo anterior.

Este poema es una ilustración del dogma sapiencial que suena así: al justo le va bien y al malvado mal, porque hay un Dios que se ocupa de premiar a los buenos y castigar a los malos; todo ello dentro del horizonte te-